

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

SUPLEMENTO ILUSTRADO

DIRECTOR ARTÍSTICO: D. JOSÉ GARTNER DE LA PEÑA

AÑO III N.º 50

Madrid Abril de 1896

OFICINAS FACTOR. 7

MARIANO BENLLIURE.



UNA BARBIANA.



DE QUINCE EN QUINCE

Los parisienses nos deben creer atacados de la monomanía de las grandezas, y después de todo, para pensarlo así no les faltará razón. Dos obras españolas de muy distinto género se han representado simultáneamente en los teatros de París. Una el drama de Echegaray titulado *El gran galeoto*, otra la zarzuela de Felipe Pérez, Chueca y Valverde, titulada *La gran vía*. *El gran galeoto*, *La gran vía* — pensarán en París — ¡al otro lado de los Pirineos, todo es grandel! Y efectivamente todo es grande por aquí, hasta la sequía que esteriliza nuestros campos, hasta las elecciones que en la capital de la nación hemos padecido. España es un país de horchatería, chico en grande, somos pocos los que la habitamos, pero padecemos grandes desventuras, son escasas nuestras fuerzas, pero resistimos grandes ataques, tenemos muy poco dinero y pagamos enormes contribuciones, somos en fin, chicos para los medios de vida y grandes para las calamidades.

Y hasta tal punto es esto cierto, que en el haber de nuestras fuerzas impulsivas ó de resistencia, incluyen las demás naciones nuestra desesperación como el factor más temible. Es un pueblo desesperado, dicen, y que por lo tanto ni tiembla ni cede. Cuando se habla de otras potencias se estudia su ejército, su marina, su Hacienda, su comercio, su industria, sus alianzas; tratándose de nosotros se cuenta más con la desesperación que con las riquezas

y las aptitudes. Después de todo, esto ya lo había adivinado con su seguro instinto el pueblo español, nombrando su representante y jefe para todos los azares de la existencia al general «No importa» general barbilampión

ño y menudo que jamás dobla la cabeza ante la adversidad, que lleva en el fondo de su alma esa desesperación de que tanto hablan las demás naciones, que no sabe más que el paso de ataque en la guerra, el paso de todas las desventuras económicas y sociales en la paz, y la jota cuando combate y cuando descansa.

Y á este chico pueblo español, tan grande por sus infortunios, le obsequian de vez en cuando sus gobiernos con unas elecciones que agitan y remueven todos los fermentos de su desventura. Es como si al enfermo de fiebres palúdicas le hicieran aspirar más miasmas en vez de administrarle quinina. Se dice que dos mudanzas equivalen á un incendio, pues dos elecciones suman una guerra civil; los amortiguados odios renacen con viveza infinita, la odiosa figura del cacique se agiganta, la respetable y nada respetada institución municipal sufre rudísimos golpes, y después de poner en conmoción á un distrito, sale y triunfa como su diputado ¿quién? un cualquiera; aquí un gomoso, allá un concejal procesado, más allá un político de profesión y en muchísimas partes muchísimos necios.

Eso sí, sus palabras dulces y sus halagadoras ofertas hasta conseguir el acta, son siempre escandalosos engaños. Nótese sinó lo que ha ocurrido en las elecciones pasadas. Aterrado el país por la sequía, suplicó á los candidatos, tanto ministeriales como de oposición, que se fuesen, no á freir espárragos, sino á mandar llover.

Pues bien, ninguno ha ido.

¿Qué se puede esperar de esos presuntos padres de la patria á los cuales encargan esta comisión tan sencilla y no la cumplen?

En cambio vendrán muy orondos y satisfechos al Congreso dispuestos á discutir lo humano, lo divino y lo absurdo, y cuando se crean pasmo y admiración de la gente, empezando por sus electores, ¡entonces sí que les oirá el país como quien oye llover!

* * *

Los periódicos han comentado con muy distintos tonos, pero predominando el tono de burla, la original acción de aquel caballero que no ha muchos días, después de tomar un baño en el estanque que rodea á la diosa Cibeles, abrazó á esta con amorosos trasportes.

Así se ha referido la aventura, pero á mi juicio no se trata de un amor repentino, inspirado tal vez por las burlonas sugerencias de la primavera, sino de un caso atávico de paganismo, de una resurrección en plena plaza de Madrid de los sacrificios ó ceremonias simbólicas de los sacerdotes de la antigua Roma.

La exhuberante matrona, hermosa representación de la fecunda tierra, siente en estos instantes las angustias de la sequía, á pesar del agua con que intentan obsequiarla los tritones y angelotes que la rodean. Condolido de tal situación el caballero de referencia, metióse lindamente en el estanque, y cuando tuvo sus ropas menores chorreando, acercóse á la diosa y la abrazó de parte de Neptuno.

Y á pesar del alto simbolismo que envuelve ó encarna, acción en apariencia tan sencilla, ¡todavía no ha llovido! En cambio se representa en este ó el otro teatro cualquier drama simbolista de mucha menos envidia, y llueven hasta insultos y denuestos sobre el mísero autor.

Afortunadamente mientras escribo estas cuartillas el cielo comienza á ponerse como con ganas de llover. ¿Descargará la nube? ¿quién lo sabe? Lo mismo nos sucede con los Estados Unidos; hace una porción de tiempo que tienen para nosotros color de

panza de burra (perdón, pero así se dice) y su nube no acaba de descargar.

Hay quien dice, sin embargo, que ha descargado ya sobre el gobierno, si bien en la forma más amistosa posible, como si dijéramos en forma de *cala-bobos*, pero los periódicos ministeriales insisten en asegurar que aun Cleveland no ha dicho «esta boca es mía.» Lo malo será que al fin y á la postre nos salga diciendo «esta boca de la Isla es mía», pues si se limitase á reivindicar la propiedad de su boca, nada tendríamos que responder.

Pero lo importante es saber si existe ó no el *cala-bobos* norteamericano á que antes me refería. Bueno que los ministeriales sigan negándolo, pero por si acaso, dispongámonos los españoles á no dejarnos *calar*.

Eso para los melones y los yankées.

JUAN DE LEYDE.

ESCENAS CAMPESINAS

LUQUILLAS Y SU MADRE

Supo mi tío Ambrosio que en su dehesa de Rocas había un pastor, de los que en otoño á ella fueron al cuidado de un rebaño de ganado lanar, enfermo en tan alto grado, que todo hacía temer pudiese la vida de un momento á otro.

Era mi tío hombre de excelentes sentimientos, poseía un cora-

zón más blando que la cera; así, pues, no es de extrañar que, no más enterarse del caso apuntado, me llamara y me dijese:

—En Rocas hay un pastor que se está muriendo... Monta á caballo y vé á ver si se puede hacer algo por él. Polique, el charro, te acompañará.

—Está muy bien, señor tío—le contesté.

Y acto seguido llamé á Polique, le mandé que ensillase dos caballos, uno para él y otro para mí, y al poco rato galopábamos los dos en dirección á la dehesa donde el moribundo pastor se hallaba.

Aproximábase ya el sol á su ocaso cuando llegamos á la vivienda del guarda montaraz de Rocas. Echamos pie á tierra, extrañándome no ver bajo el cobertizo de la puerta de entrada, ni en sus alreñedores, alma humana que acudiese al ruido producido por los cascos de nuestras cabalgaduras; ató éstas Polique á uno de los pilares sostenedores del dicho cobertizo, y yo, mientras tanto, dirigime al interior del edificio; pero al penetrar en el zaguán, salíome al encuentro la montaraza, llorando y sollozando, para decirme acojonada, después de saludarme afectuosamente:

—Están todos los del caserío en el chozo que hay junto al cercado de las Granadas; allí le estarán ahora viaticando al pobre Luquillas el pastor, que se vá por la posta.

Volvimos á montar Polique y yo á caballo, y nos encaminamos á galope al chozo de pastores por un carril que á él conducía, según nos indicó la montaraza.

Un extraño cuadro ofrecióseme á los ojos cuando el chozo divisamos. Era éste una tosca construcción, de forma cónica, colgada de un fuerte brazo de una encina y cubierta con bien dispuestos manojos de un arbusto que en tierra de Zamora llaman escobas. Junto á la entrada del chozo, se agrupaban, arrodilladas, como los docenas de personas, entre hombres y mujeres, quienes tenían en sus manos velas encendidas.

Tales gentes, según á ellas nos acercábamos, levantáronse, apagando á soplos las luces de aquellas, y, notando nuestra presencia, rodeáronnos con rostro compungido, exclamando, luego de saludarnos:

—¡Ya ha muerto!

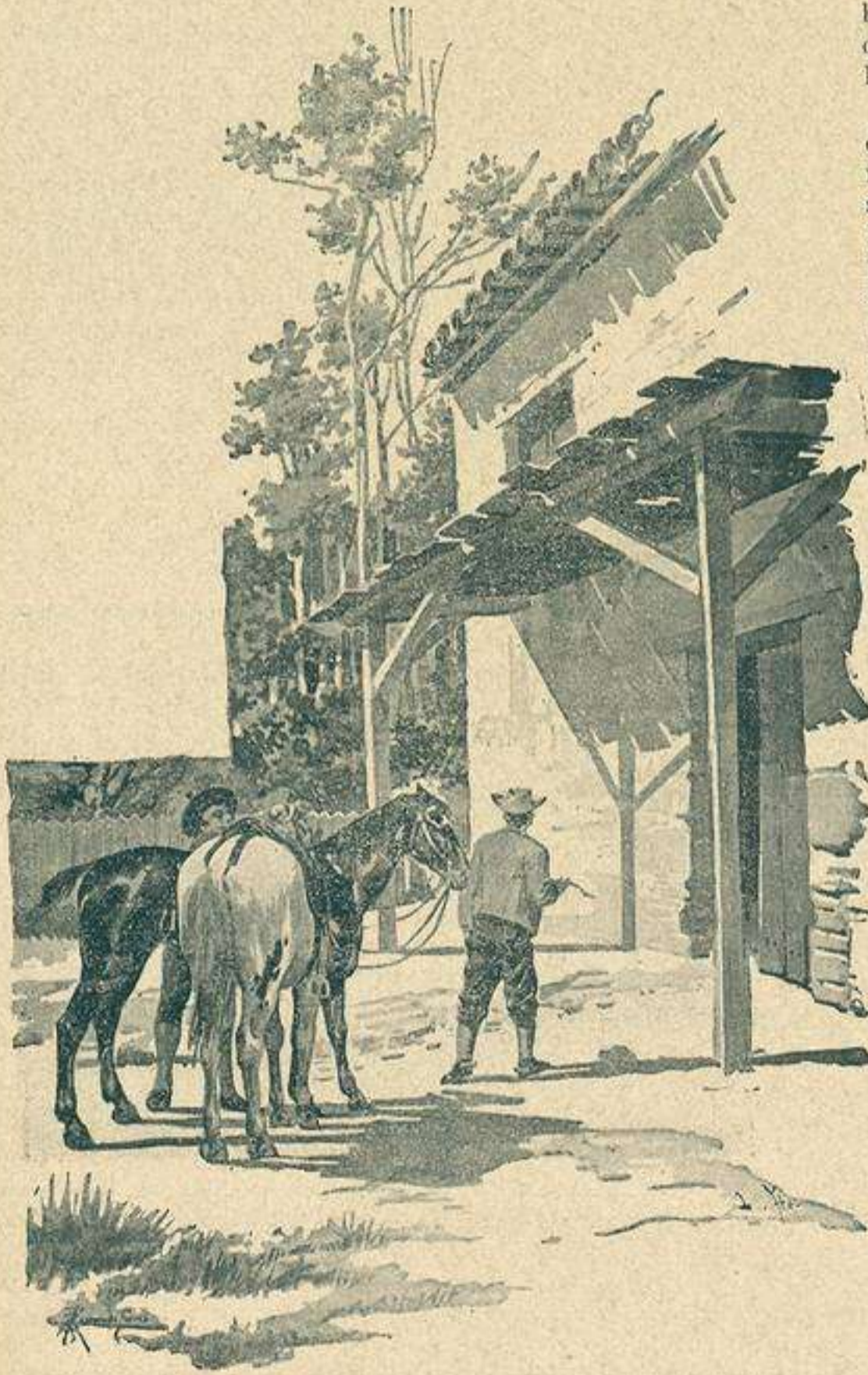
—¡Pobre Luquillas!

—¡Ya no padece más!

—¡Dios le tenga en su santa gloria!—dijo una voz de trueno, dominando todas las otras exclamaciones lastimeras proferidas á ni alrededor.

Miré en dirección al chozo, del cual tan atronadora voz salía, y ví aparecer por el agujero que á aquel daba acceso, una cabeza enorme, seguida de un cuerpo recio, cubierto con blanca vestidura, por cuyo borde asomaban unos calzones remangados, bajo los cuales mestrábase un par de borceguies tamaños, con gruesa suela de madera.

El señor cura, que él era, ó sea don Sandalio, el párroco á cuya espiritual jurisdicción correspondía la dehesa de Rocas, vino e hacia mí, andando á grandes zancadas, desciñéndose el alba, y exclamando:



Si; vale más que se haya muerto; no sé que dá verlo, pues su cara es toda una pura llaga.

Luego estreché mi mano fuertemente, preguntándome por la salud de mi tío, se quitó el alba, en cuya faena ayudole su sacristán, que se acercó á él solícito; apeeme yo mientras tanto del caballo, y después continuó así diciendo el señor cura:

—Si, señor; vale más que haya entregado su alma á Dios ese pobre. Aun no hace ocho días desolló una oveja, muerta á consecuencia de una enfermedad en el bazo; alguna mosca de las que al olor de la carne acudieron, luego de en esta posarse, le picó debajo del ojo izquierdo; él no hizo caso, se le inflamó la picadura, creció la inflamación rápidamente, se le extendió por la cara, por la cabeza y por el cuello; se llamó entonces al médico, pero ya era tarde... Me avisaron, vine, le administré el Santo Sacramento á toda prisa expiró y *pax Christi*.

El rabadán de los pastores compañeros del muerto refiriome, á continuación, era Luquillas único sostén de su madre, quien vivía á veintiocho leguas de *Rocas*, en Medina del Campo.

—¿Y sabe la madre que su hijo estaba enfermo?—le interrogué.

—La puse un parte hace cinco días—me contestó el rabadán, limpiándose con el dorso de la mano los lagrimones que á sus ojos asomaban.

Cuando al día siguiente, bien temprano, fuimos Polique y yo al chozo con ánimo de asistir al entierro de Luquillas, ya en derredor de aquel esperábanos los vecinos del caserío de *Rocas* y algunos pastores, olivadores y carboneros de los que en el monte habitaban, dispuestos, como nosotros, á acompañar el cadáver hasta dejarlo en el Campo Santo, el cual estaba á más de una legua de distancia, en el pueblo á cuya jurisdicción el dicho caserío pertenecía.

Dentro de un carro, y entre unos sacos llenos de paja, fueron colocados los restos de Luquillas, cuya rápida descomposición no permitió esperar á que en la próxima villa construyéranle un ataúd. Ibamos ya á ponernos en marcha, pero los bueyes al carro uncidos negáronse á andar, dando muestras de espanto y resoplado con fuerza. Era que olfateaban el cadáver...



Entonces el gañán que los guiaba les dió á oler vinagre, que á prevención llevara, consiguiendo así hacer caminar á las espantadas bestias.

Del cielo encapotado caían, de vez en cuando, algunos granos de nieve, anunciadores de una copiosa nevada, la cual iban sosteniendo en las nubes las ráfagas del viento frío que soplaba, á cuyo empuje estremecías rumoroso el follaje de las encinas y siseaban las ramas desnudas de los robles.

Los que formábamos la comitiva, guardábamos silencio; oculto el rostro en los cuellos de los capotes ó en los embozos de las capas, dejábamos á nuestras cabalgaduras andar lentamente, siguiendo el tardo paso de los bueyes, á los que su guía voceaba con frecuencia, llamándolos por sus nombres, aguijándolos sin dudar para que acelerasen su marcha ó para que salvaran los bacheos y asperezas del camino.

Llegamos al pueblo; el señor cura y el sacristán entonaron junto al cadáver las preces acostumbradas; luego fueron conducidos los restos de Luquillas á un pequeño corral cuadrado y tapiado, sin lápidas ni cruces, ni señal alguna que denotase su sagrado

destino... Dos pastores cavaban la fosa, de prisa, jadeantes, sin hablar una palabra, mostrando en sus rostros la repugnancia que les causaba tan fúnebre labor...

Terminó ésta; depositose el cuerpo de Luquillas en el fondo de la excavación, y sobre él se amontonó la tierra con azadones y palas, mientras por entre los copos de la nieve, que bajaban lentos y espesos, se abrían paso hasta el cielo el rumor de fervorosas oraciones.

Una mujer desgredada, con el vestido hecho trizas, casi descalza, pues sus zapatos estaban destrozados, arrastrando un mantón salpicado de barro, desencajado el rostro, lívido el color, mirando á un lado y á otro con expresión de espantoso extravío, corriendo con ademanes descompuestos, apareció de pronto á la puerta del cementerio, cuyo umbral traspuso rápida, gritando con voz desgarradora:

—¡Hijo mío! ¡hijo de mis entrañas! ¡hijo de mi alma!

El rabadán de los pastores exclamó horrorizado:

—¡Dios! ¡La madre de Lucas!...

Y se abalanzó á ella con ánimo sin duda de contenerla. Pero esquivando la mujer su encuentro, impelida por el instinto maravilloso que todas las madres poseen, se arrojó sobre la tierra blanda que cubría el cuerpo de su hijo adorado, y escarbándola fieramente con sus manos amoratadas por el frío, dando al aire gritos, que eran más bien rugidos, arrancados á su pecho por intensísimo dolor, y profiriendo tremendos denuestos contra los que fueran compañeros del pedazo de sus entrañas, acabara por descubrir el cadáver, si todos los allí presentes no se lo hubiéramos impedido

¡Pobre mujer! Poco faltó para que perdiese la razón. Había andado veintiocho leguas á pie, casi sin descansar y sin comer, impulsada por el amor de los amores, por el amor maternal... Caminando en dirección á *Rocas*, al pasar cerca del pueblo donde se dió sepultura á su Luquillas idolatrado, oyó las campanas de la iglesia que tocaban á muerto... Su corazón de madre le reveló que aquellas campanas doblaban por el alma de su hijo... Corrió, devoró el espacio...

Nos la llevamos á *Rocas*. Polique se encargó de ello, subiéndola sobre su caballo, y sujetándola entre sus brazos hercúleos.

Había cesado el viento. Reinaba en la atmósfera absoluta calma. Anochecía. La nieve, que caía copiosa, cubriendo el follaje de las encinas con blanquísimas tocas, daba al ramaje de los robles fantástica apariencia...

Me parecía á mí que los sollozos y lamentos tristísimos en que se deshacía aquella madre desdichada, arrancaban del cielo lágrimas... en forma de copos de nieve.

SILVERIO DE OCHOA

Ilustraciones de Romero Barros.



FOTOGRAFIA INSTANTÁNEA

MARIANO BENLLIURE.



FRAGMENTO DEL MONUMENTO Á GAYARRE



GALERIA ARTISTICA

MARIANO BENLLIURE

Es el más genial de nuestros escultores. En plena juventud ha conseguido fama y honores que solo consiguen los grandes artistas cuando ya su frente, orlada de canas, se inclina á la fatiga del trabajo y el cuerpo debil al peso de los años.

Sus triunfos son innumerables; se cuentan por sus obras, y conste que el ilustre artista comenzó á modelar á los nueve años, edad en que la generalidad de los niños apenas si empiezan á garabatear con firmeza los primeros palotes.

La precocidad en la infancia es peligrosa; arruina como en la juventud el desenfreno. Por eso son de temer en la niñez los prematuros alardes de ingenio. Maravillan á los padres, encantan á la familia, sorprenden á los amigos; pero son fatales.

Cierto que este aserto tiene sus excepciones que lo confirman. El artista de poderoso talento, preciso es por ley de la naturaleza y de la vida, que en los albores de su existencia lo manifieste. A fecundo y vigoroso retoño corresponden flores tempranas y de gran lozania. Así sucede con Horacio, así con Mozart, así con todos los privilegiados del espíritu.

Por lo que se refiere á Benlliure puede afirmarse que el niño que á los nueve años modelaba en cera un picador, con la gracia y espontaneidad que fueron asombro de los que contemplaban aquel infantil trabajo, era un verdadero artista, embrionario y liliputiense, que daba su primer paso por una senda para muchos áspera, para casi todos difícil, para él, por fortuna, abierta, despejada y fácil; por la senda de la gloria, que ha recorrido ya en buena parte y gentilmente, acercándose mucho y con muy ricas ofrendas á aquella deidad que tiene reservados para sus escogidos, lauros y palmas inmortales.

Nuestro Benlliure (y le llamamos así porque son tres hermanos los que llevan este ilustre apellido) pertenece á una familia donde parecen vinculados el talento y la inspiración, dones rivales, porque en el concebir y en el ejecutar brilla igualmente el autor de la estatua de Trueba. De ahí resultan las elegancias geniales de su

estilo, que estilo hay en el escultor como en el poeta, y si la pluma es la lengua del alma, el cincel no es una lengua muda.

Nuestro artista es valenciano; ha nacido en el país del sol, y diríase que en sus obras hay algo de los juegos de luz que en su país produce en los objetos colocados al aire libre la declumbradora intensidad solar. Parecen en aquel cielo y en aquel mar azules, perfilarse de oro los objetos y encenderse las líneas. Pues fenómeno parecido creyérase notar en las esculturas de Mariano Benlliure. Diríase que las líneas de sus estatuas tienen movilidad de seres reales y que con parpadeo de relámpago se agita en ellas la vida. Y en definitiva algo de poder creador hay que reconocer en quien con materia tan despreciable y villana como el barro, con-

sigue eternizar la vida de una idea.

Poco conocido mejor dicho, menos conocido, es como pintor; pero también es un pintor notable. Maneja poco los pinceles, y con ellos no ha logrado los éxitos envidiables y envidiados que modelando estatuas.

Mas paleta en mano y frente a lienzo, siempre consigue con gallardías felices y atrevimientos afortunados, dar en la ejecución y en el asunto la nota original, la que en el arte más vale y mejor se cotiza. Es buen dibujante pero domina mucho más el color, en la pincelada firme, corta, acertada y justa, está el secreto de su habilidad para cautivar la atención del que sus cuadros mira.

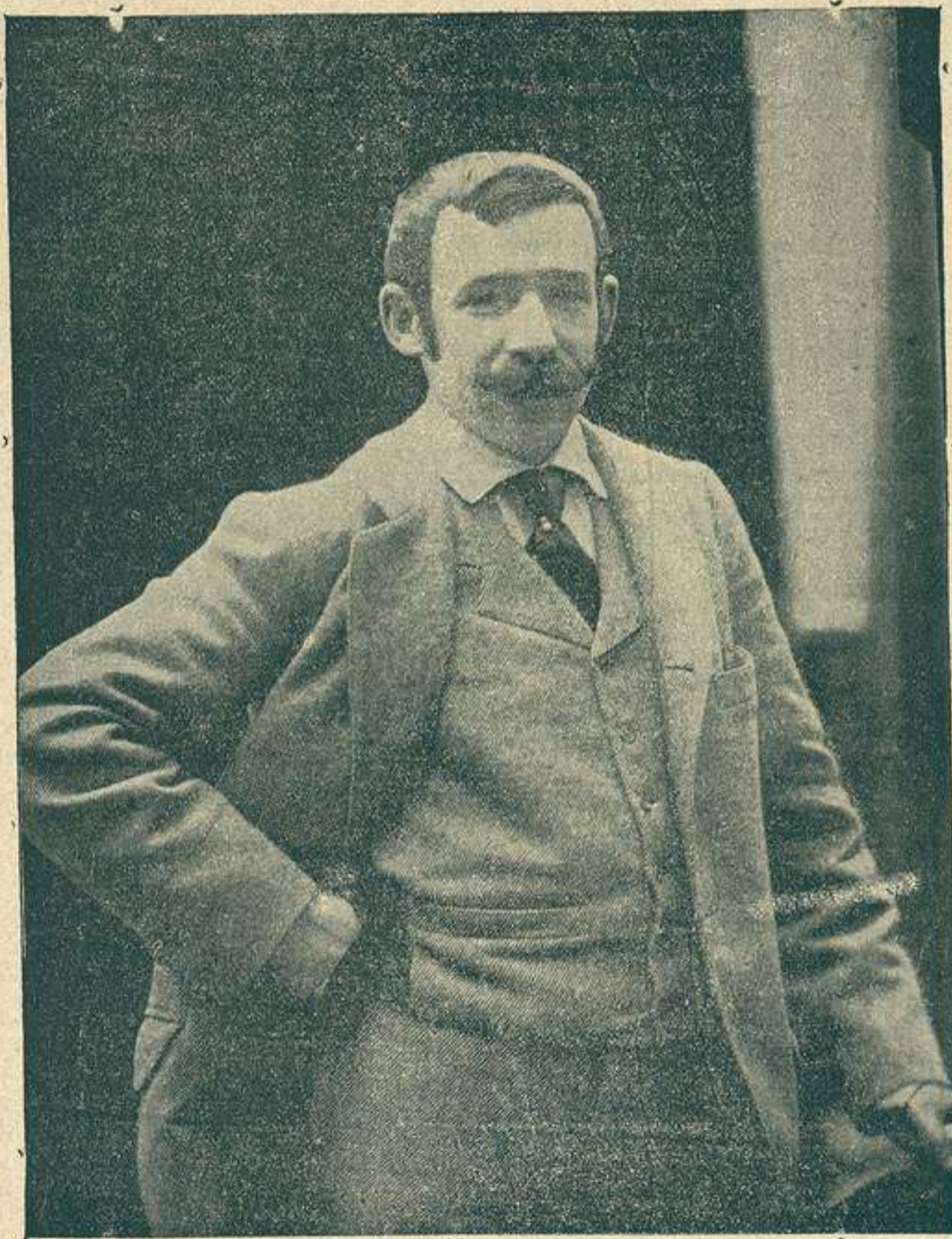
Son tan conocidas las obras de popular escultor valentino, que sería imposible enumerarlas.

Un retrato tan fino como un grano de trigo, basta para proclamar la hermosura de doña Dulcinea, y de igual suerte los trabajos que hoy reproducimos bas-

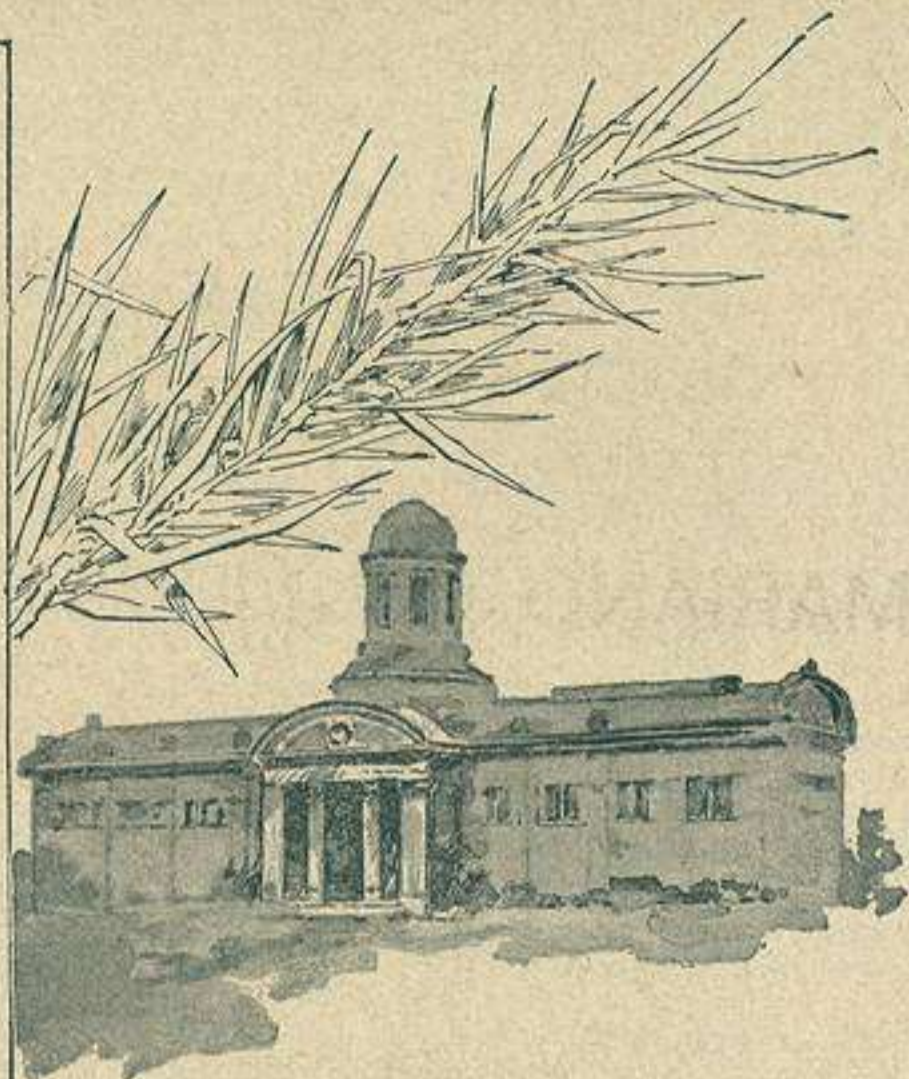
tan para revelar las excepcionales aptitudes de Benlliure.

Por nuestra parte, nos congratulamos de poder ofrecerlas al público y enriquecer con el prestigioso nombre de este artista el catálogo—por fortuna ya numeroso—de nuestros colaboradores.

ROVIRA



MARIANO BENLLIURE



FRAGMENTOS DEL POEMA "SAFO,"

ORIGINAL DE VÍCTOR BALAGUER

.....
Y en tanto yo aquí vivo del recuerdo
de dulces tiempos ya pasados. Eran
las deliciosas tardes del templado,
del pomífero otoño, cuando el mundo
parece revivir con nuevas galas
de un estío fugaz, y era, entre todas,
una tarde que nunca, nunca, nunca,
mi mente ha de olvidar. El sol huía
purpurándolo todo; entre las rocas
hervía el mar; cruzaban el espacio
con tierno arrullo fugitivos besos;
por la alameda trinadoras aves
sus melódicos cantos esparcían;
todo era dulce y bello: el sol en púrpura,
la tierra en flor, hirviendo el mar salobre,
candente el cielo, perfumado el aire,

el horizonte en fuego, y yo en tus brazos!
Fué el día aquel de nuestros esponsales,
y también cuando Safo, en su derroche
de crímenes y goces prostituida,
y en el cieno revuelta, por tus besos
redentores se alzaba redimida.

.....
¿Te acuerdas, oh, Faón?... Dime... ¿te acuerdas
de mi amor?... ¡De mi amor!... No, no, del nuestro,
de nuestra dulce vida embriagadora,
los dos viviendo en uno, confundidos
el pensamiento y ser, tú más amante
cuanto más tierna yo y enamorada.
¿Te acuerdas, dí?... Las siestas en la umbria
de la cigarra el soporoso canto;
las brisas aromadas; de las aves
el amante gorjeo; de la luna
los rieles en la mar; los matutinos
paseos por la playa al sol ardiente,
en verdad no tan ardiente cual del alma
la enamorada cálida corriente.

Lo que entonces creías, yo creía;
lo que pensabas tú, yo lo pensaba;
y allí donde fijabas tú los ojos,
fijaba yo los míos, anhelante,
y no en verdad para mirar contigo,
tan solo por seguir en surco abierto,
la de tus ojos luminosa vía.
Viviendo yo de tí, y en tí viviendo,
amoríos en flor doquier sembramos;
de nosotros en pos, doquier dejamos,
como estrella de fúlgidos colores,
como estela de amor, norte y ejemplo
de pléyades futuras de amadores,
la cámara en que holgamos, convertida
de nuestro amor en irradiante templo;
refulgentes de luz, de gloria y vida
los sitios que cruzamos; perfumada
la atmósfera de fuego, iridiscente,
en que juntos vivimos; floreciente
la tierra que pisamos, y en los aires
latiendo aún nuestra palabra ardiente.



M. OLIVER AZNAR.



VINO AÑEJO.

GRANDOTIPIA - E. PORTABELLA

M. OLIVER AZNAR
ZARAGOZA 1894

ZARAGOZA

DON LONGINOS

Le pusieron este nombre porque nació el 15 de marzo; pero, sin querer los padrinos, resultó nombre simbólico. No porque Longinos tuviera una lanza, y con ella pinchara á Cristo, sino porque tenía una pluma más larga que el lanzón de Don Quijote y con ella daba pasión y muerte al *verbo*... al verbo castellano.

En fin, que, escribiendo, don Longinos... no podía ser más largo. En sus artículos no era la lógica quien determinaba el final, sino el *finisterre* de las cuartillas. Cogía un buen puñado de ellas, y hasta que llegaba á lo más bajo de la última no decía aquello de... «Y por no molestar más á nuestros lectores, renunciamos por hoy á entrar en consideraciones que nos llevarían demasiado lejos.»—Longinos Sotolongo.

* * *

Su primera obra fué un poema en octavas reales titulado «Los Longobardos». El poema era tan largo como el Ramayana y la Iliada juntos. Y como Longinos se llamaba en el texto á sí propio bardo, y era tan pesado, tan largo, tan *longo*, le quedó el mote de *Longobardo*. Después hizo, y dió á luz, una colección de sonetos, todos con estrambote.

Con estas y otras semejantes atrocidades adquirió fama de funesísimo poeta; y sin embargo, el público era injusto con él, porque á pesar de su mucha fama, toda mala, en rigor el *Longobardo* era... un vate no *comprendido*. Claro; cómo habían de comprenderlo sin leerle. Y ni Dios lo leía. Todos hablaban mal del «Poema de los Longobardos» y nadie había pasado de la primera mitad del primer canto.

Sucedía con esta epopeya tan mala algo parecido, *sólo que al revés*, á lo que pasa con otras epopeyas muy buenas, que todo el mundo alaba... sin leerlas.

El descrédito de Longinos se parecía al crédito de algún literato de *gloria fiduciaria* que conozco yo, el cual disfruta de muy buen concepto, se ve siempre en la lista de la media docena de escritores eminentes, ¡y no le ha leído nadie! No se puede leer; se empieza, y no sé qué le da á uno, que no se puede seguir. Parece chino aquello á los pocos renglones; y no es que no esté claro, sino que no se puede entender lo que dice allí. Misterios del opio.

Pues bueno; á Longobardo no le había leído nadie tampoco, y todos le tenían por una calamidad pública.

Algo olió de esta manía del público el interminable poeta, y para conseguir que alguien se enterara de sus lucubraciones, se gastó la legítima paterna, que era un pico regular, en crear una sociedad literaria, titulada *La Reforma*, en la cual varios parásitos se juntaban para *romper moldes*, beber y comer á costa de Longobardo... y oírle declamar sus versos... su epopeya, singularmente. Pero *La Reforma* la mató un chusco cambiándole el nombre. La llamó *La Caravana*. Se juntan, decía, para atravesar el desierto de Los Longobardos.

Según otro gracioso, eran paralelas las rectas que se encuentran en el poema de Longinos, hacia el último canto.

* * *

Después de muchos desengaños y sinsabores, Longinos se convenció de que él no había nacido para ser poeta en esta vida efímera, transitoria, en que no hay tiempo apenas para rascarse, cuanto más para leer poemas infinitos. Renunció á la poesía sin fin, como el tornillo, y se dedicó á la prosa. Pero, no queriendo dejar de ser largo... en algún concepto, se dedicó á la astronomía, á escribir del mentir de las estrellas. No podía ser más largo... es decir, no podía ir más lejos por el asunto. Pero también se cansaron en los periódicos de publicarle sus cálculos acerca de la eternidad, y de la infinidad del tiempo y del espacio. Fatigaba leer aquellas lucubraciones llenas de cifras relativas á cosas que habían pasado tantos miles de años hacía, si era que habían pasado, y que *tenían lugar* á tanta distancia, que mareaba.

Le echaron de varias redacciones por culpa de la vía lactea, que ya tenía locos á los subscriptores.

«¡El demonio del Sirio ese, decía el propietario, gallego él, de una revista de jabón de familias; el demonio del Sirio ese, que por poco me deja sin un *favorecedor* en todo Cacabelos!»

Los de Cacabelos eran enemigos del cálculo desde que habían tenido en casa el sabio aquel de la cuadratura del Círculo.

* * *

Cuando ya Longinos iba á morir en *lenta pero continua* agonía, de pura inanición, porque no encontraba dónde colocar un artículo (claro; no cabían en ninguna parte), un amigo compasivo le admitió en un periódico de su dirección, pero con tal de que no se metiese con las nebulosas.

—Acércate más, hombre; trata de asuntos más próximos á nosotros.

—Bueno, transijo. Pero lo más que puedo hacer en tu obsequio es escribir... de política internacional. No me hagas meterme, á mí que vengo de la osa mayor, en las intriguillas callejeras de Madrid... no paso la frontera; lo más *acá* á que llegaré será... los *gabinetes* de las grandes potencias; pero no mandes que pase de la Sublime Puerta.

—Corriente. No hables más del mentir de las estrellas. Habla del mentir de la diplomacia. Déjate de osas y habla del *oso* del Norte, de Rusia, y sus segundas y terceras intenciones... En fin, eres nuestro plenipotenciario cerca, es decir, lejos, de todos los gabinetes y *Puertas* del mundo. Ahí que no pecas.

* * *

Longinos, satishecho, puso otra condición, respecto de la forma: que le dejasen extenderse... ser muy largo. Los días que había poco original reunido á tiempo, por falta de noticias ó por culpa de la pereza, ya se sabía: salían á relucir los redomados planes de la pérfida Albión; á no ser que Longinos, de buen humor, se decidiese á ser festivo, y llamase á Inglaterra John Bull y á los Estados Unidos *Tío Sam*.

Y había que verle llenar columnas y columnas del periódico con el exclusivo objeto de tirar de la manta internacional y descubrir el pastel de los planes de Gladstone ó de Chamberlain ó de Cleveland ó de toda la diplomacia europea en masa... El pobre había llegado á figurarse á las diferentes potencias en las figuras con que las representaban los caricaturistas *internacionales*, que abundan por esos mundos de Dios.

No había quien le apease de su burro, y estaba convencido de que Alemania (la *abstracción* diplomática *Alemania*) se proponía tal y cual cosa, así en el continente viejo, como en todas las colonias; lo que á él se le había antojado haciendo cálculos con datos... tomados de los periódicos.

No parecía sino que recibía todas las mañanas carta confidencial de todos los ministros de Estado de Europa y de América, y de todos los grandes hombres de la política así de América como de Europa.

Y todo se reducía á cavilaciones *snyas* que tenían por fuentes más remotas revistas de tres ó cuatro periódicos de gran circulación franceses, y los telegramas, traducidos, del *Times*.

El pobre no dormía pensando en la intención profunda de la más inocente nota del *ministro inglés*... pero en cambio se dormían los lectores sobre aquellos *mapamundís* de telarañas ideales en que la imaginación del cándido Longinos enredaba todas las comarcas de la tierra, creyendo que el mundo era un continuo juego de ajedrez, y que las naciones no pensaban más que en darse mutuamente *jaque mate*.

No se fijaba el infeliz *Longobardo* en que él no conocía ni á un mal consul; en que los planes ocultos de los gabinetes, cuando los había, tenían que ser, por fuerza, bastante complicados y secretos para que un infeliz periodista español, con treinta duros de sueldo al mes, no pudiera dar con ellos. ¡Buenos estarían *la Rusia* y *la Sublime Puerta* y *la Nebulosa Albión* y *el Quirinal* si sus manejos, proyectos, lazos, trampas y artimañas pudieran ser adividos por Longinos, que no sabía más que lo que le contaban *Le Journal des Debats*, *Le Temps* y la Agencia Fabra.

Algunas veces los hechos de las potencias desmentían las suposiciones de Longinos; probaban que se había equivocado, que no había visto ni el carácter de tal política ni la *segunda* de tal intención; pero Longinos se consolaba diciendo:

—¡Otra le queda!

Y hubiera llevado á España á la ruina, con la conciencia más tranquila, haciéndola contraer unas alianzas y desechar otras, según lo aconsejaban las combinaciones de tablero de ajedrez que el mísero periodista *telepático* tenía por cosa cierta.

Aunque el periódico de Longinos era de mucho crédito, hubiera llegado á dar al traste con él la política internacional.. é interplanetaria é inter... minable de aquellos artículos longinescos, á no haber mediado el buen sentido de uno de los copropietarios, hombre público... y de negocios, que no sabía nada de la Puerta del Sol para allá, pero que tenía en las puntas de los dedos los planes de *el* Romero Robledo y los de *el* Silvela, etc., etc., porque trataba á esos señores, comía con ellos y sabía por experiencia cómo las gastaban. Este copropietario, por la cuenta que le tenía, llegó á cuadrarse; y una noche le dijo al amigo en la redacción:

—Ea, don Longinos; desde mañana me deja usted en paz al Tío Sam y al John Bull ó bull-dok, ó como se llame eso; todos sabemos y lamentamos lo pèrfida que es la Albión nebulosa, y lo poco que hay que fiar de los anglosajones; pero como nosotros no podemos remedirlo, usted se vuelve á su astronomía y dirá usted de los planes de la luna y de Andrómeda todo lo que quiera. Precisamente estos días se anuncia la aparición de un cometa... Pues, desde el próximo número, dejará usted en paz á Chamberlain y al Quirinal... y diga usted todas las perrerías que quiera de la estrella con rabo.

CLARÍN.

EL RAMO DE AZAHAR

I

¡Qué tiempos!... ¿Te acuerdas, en noche callada, de aquel venturoso coloquio de amor, allá en el misterio de senda entoldada por verdes y umbrosos naranjos en flor?..

De un plácido arroyo la mansa corriente tus plantas humilde besaba al pasar; los céfiros suaves cercaban tu frente con gratos efluvios de monta y azahar...

II

Ciñendo tu talle, rendido y amante, miréme en tus ojos con dulce emoción, y vi en tus pupilas brillar un instante la llama impetuosa de ciega pasión;

y quise á tu encanto, de ardiente afán lleno, simbólica ofrenda de amor tributar: mi mano convulsa llegué hasta tu seno y en él puse trémulo un ramo de azahar.

III

Seguimos dichosos, de verde espesura buscando el discreto capuz protector... ¡tu huerto fué el templo de nuestra ventura, y el fiel confidente de un sueño de amor!...

Ya el sol en Oriente dejaba su lecho, y fué nos preciso por fin despertar, y entonces, ¡ay! vimos marchito en tu pecho tu ramo de azahar!...

EMILIO FERNÁNDEZ VAAMOND...

UNA DEL MONTÓN

Radiantes los ojos que manan ultrajes;
erguida la frente;
luciendo liviana los más ricos trajes
y joyas y trenes y sedas y encajes
que envidia la gente,

del mundo elegante la valla traspones
con cinica audacia,
y tú sola brillas, tu sola te impones
y mandas y triunfas allá en los salones
de la aristocracia.

Gozar es tu lema. Buscando placeres
que libas sin tino,
ni en nada te fijas, ni á nadie prefieres:
quien paga es tu dueño; mas tú no le quieres!
que es ese tu sino.

¿Que el conde se arruina? ¿Que ya se ha quedado
sin una peseta?
Y á ti, ¿qué te importa que se haya arruinado,
si hay mil que subasten tu cuerpo preciado?...
y rueda el planeta.

A dos que te adulan prodigas miradas
impúdicamente;
y ¡es claro! en seguida:—¡Padrinos! ¡espadas!—
Y van, y defienden tu amor á estocadas
estúpidamente.

¿Que muere uno de ellos? ¡Que muera! Ya tienes
tu honor satisfecho
Y el mundo te admira, y aplausos obtienes...
¡Ni sabes siquiera, ni á ver te detienes
el daño que has hecho!

Y sigues tu marcha, segura de ultrajes,
feliz, sonriente,
al vicio arrancando los más ricos trajes
y joyas y trenes y sedas y encajes
que envidia la gente.

Y al verte luciendo con tal desenfado
lujosos primores,
¡cualquiera diría que en tiempo pasado
vagabas humilde guardando ganado
con otros pastores!

EDUARDO DE BUSTAMANTE.



PIEDRAS DE AGDUS

I

Irritado el Olimpo contra la maldad que reinaba entre los mortales, acordó que el Océano fuera su vengador, y pocas horas después de la terrible resolución de los dioses, las verdosas aguas rebosaron sus barreras, al parecer infranqueables, salvaron las playas, se sobrepusieron á las rocas, avanzaron por las feraces campiñas y anegaron los poblados con ruido de torrente, con ímpetu de huracán murmurando una maldición: la maldición de los di-

ses, tremenda é implacable: el líquido elemento avanza trágico, y á su paso cubre los ríos y los valles, sepulta las ciudades, asciende hasta los más enhiestos picachos de las montañas y en la superficie negruzca de aquel mar desbordado, frío verdugo de la madre tierra, en cuyos cóncavos senos hubo de mecerse, flotaban los cuerpos de los humanos junto con todos aquellos objetos insubmersibles que la corriente arrancaba: al zumbido del elemento avasallador juntábase el clamoreo de los que luchaban á la desesperada por salvarse.

Apolo alejó tanto los caballos que arrastran al carro del Sol, que éste no llegaba con sus vivificantes rayos á la haz terrestre.

Siendo día era noche; noche helada que ponía espanto: el cielo semejaba un fanal de vidrio ahumado encerrando una inmensa bola negra sobre la que se debatían millares y millares de seres.

En la cima del Olimpo los dioses contemplaban impávidos la hecatombe.

Solo Temis, sentada en una piedra cuadrada, miraba con ojos de piedad tanto infortunio.

—Júpiter—intercedió la diosa—¿es posible que entre tantos hombres no encuentres uno bueno?...

—¡Ninguno!—murmuró Júpiter.

—¡Cuán injusto eres en tu cólera! ¡oh, gran Júpiter! y vosotros, dioses, ¡cuán ciegos!... ¿No véis allí abajo un reino, el de Tesalia, y al cual aún



no llega el Océano?... En ese reino hay un hombre y una mujer todo bondad y justicia.

—¿Quién es?—preguntó Júpiter.

—Su rey Deucalión y su mujer Pirra. ¡Sálvalos!... Que ellos sean los nuevos generadores de ese mundo anegado. Yo les inspiraré.

A lo propuesto por la diosa de la justicia accedieron los dioses.

II

Deucalión y Pirra encontraronse solos en el mundo.

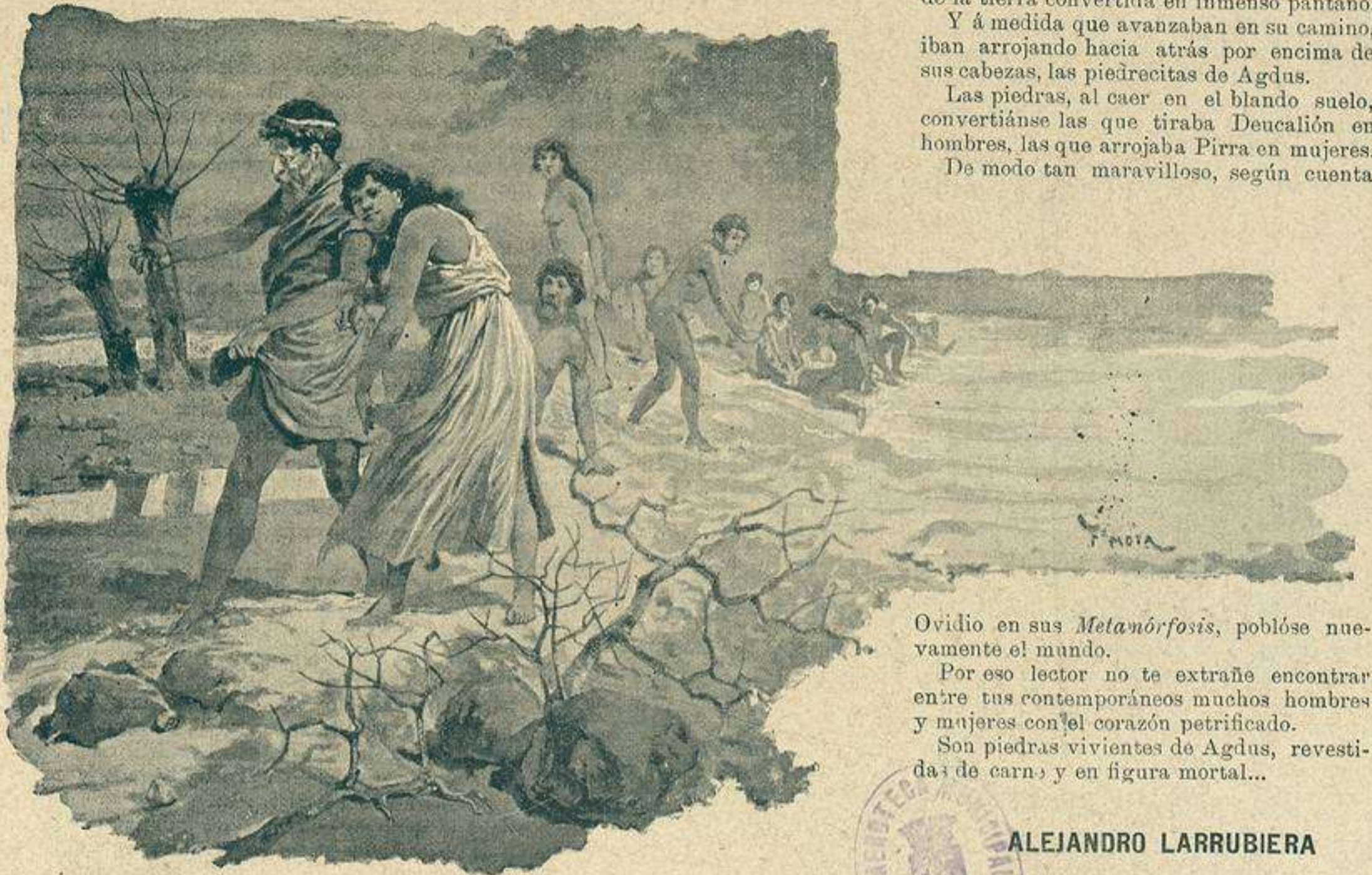
E inspirados por el oráculo de Temis arrancaron de la monumental piedra de Agdus una porción de pequeños fragmentos.

Hecho esto, marido y mujer emprendieron su marcha á través de la tierra convertida en inmenso pantano.

Y á medida que avanzaban en su camino, iban arrojando hacia atrás por encima de sus cabezas, las piedrecitas de Agdus.

Las piedras, al caer en el blando suelo, convirtiánse las que tiraba Deucalión en hombres, las que arrojaba Pirra en mujeres.

De modo tan maravilloso, según cuenta



Ovidio en sus *Metamorfosis*, poblóse nuevamente el mundo.

Por eso lector no te extrañe encontrar entre tus contemporáneos muchos hombres y mujeres con el corazón petrificado.

Son piedras vivientes de Agdus, revestidas de carne y en figura mortal...

ALEJANDRO LARRUBIERA



Es natural de Zuera (Zaragoza).

Su decidida vocación artística se manifestó casi desde la niñez. Fué discípulo de la Escuela especial de Pintura, Escultura y Grabado de esta corte, donde residió cinco años, realizando notables adelantos y mereciendo siempre honrosas calificaciones.

Visitó á Roma y estudió las maravillas artísticas que la clásica ciudad atesora y su espíritu se nutrió con las enseñanzas y consejos de Pradilla, Echeña, Vallés y otros maestros. Producto de su actividad en esta época, fueron gran número de primorosos apuntes y deliciosas manchas de color. También fué muy fructuoso para nuestro artista el viaje por toda la península italiana, principalmente su estancia prolongada en Florencia y Venecia.

En Assisi concibió la idea de su gran cuadro «La visión de San Francisco de Asis», para el que hizo concienzudos estudios. Pintó este cuadro en menos de cuarenta días; lo expuso en Madrid en el certamen de 1890 y obtuvo unánime aplauso de la crítica. Posteriormente, con este cuadro, logró un diploma en la Exposición de Barcelona.

Ha pintado primorosos cuadros sobre asuntos de las novelas de Alarcón y Valera.

Actualmente prepara diversas

MANUEL OLIVER AZNAR



obras para Barcelona y Madrid.

Es Oliver espíritu profundamente religioso y de buena cultura literaria. Estas dos cualidades se manifiestan en la índole de sus dos libros predilectos: la *Imitación de Cristo* y el *Quijote*.

Su conciencia artística es severísima y estudia constantemente el natural y nada fía á la memoria; su rigidez moral tan entera que rara vez pinta desnudos, y cuando lo hace, sus carnaciones son pudibundas, sin dar nada á sensualidades malsanas.

Su carácter es de una franqueza absoluta y de honradez acrisolada. Estas condiciones le grangean en todas partes sinceras amistades.

En Zaragoza, donde reside y trabaja mucho y con provecho, las simpatías de que goza son innumerables. Su estudio es centro obligado de cuantas personas tienen amor al arte pictórico.

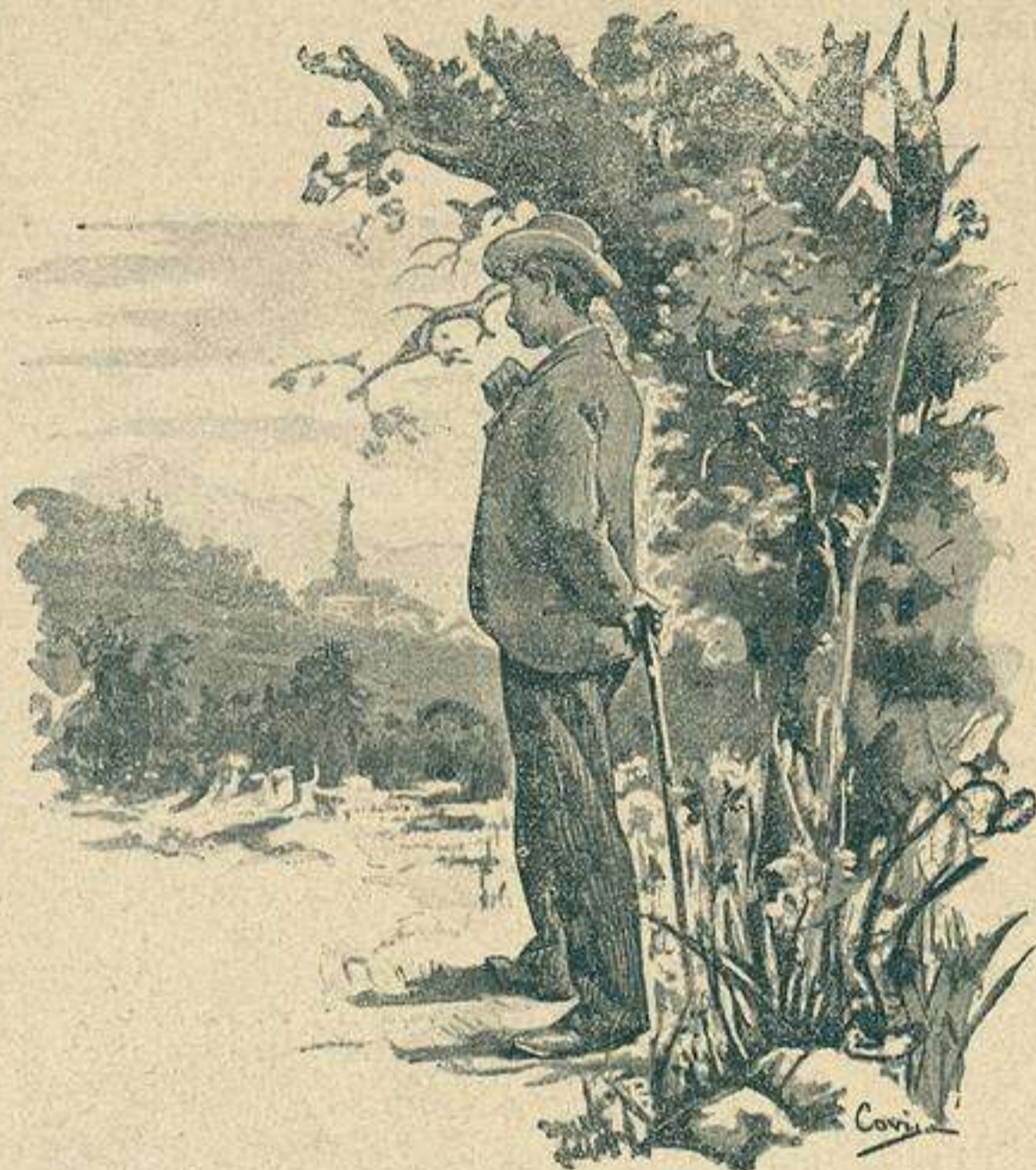
Para juzgar de los meritos del artista, nos remitimos á la reproducción de su cuadro «Vino viejo» que en este número ofrecemos al público, asunto tratado con acierto, con el sabor que su castizo carácter requiere; su composición es acertada, correcto el dibujo y sobria y justa su entonación.

No será, Dios mediante, este trabajo del celebrado y simpático artista aragonés, el último con que honremos las páginas de estos SUPLEMENTOS.

LA MUJER DEL SABIO

Declaro que aquel encuentro fué para mí una verdadera sorpresa.

Estaba yo entonces convaleciente de un desengaño, y deseaba, por todos los medios posibles, aislar mi espíritu de las continuas y diarias sollicitaciones de la vida vulgar.



Anhelaba un cambio total y radical en todas mis pécaras costumbres, y comencé por aislar me de todo y de todos, buscando en las soledades de la sierra nuevas templanzas para mi espíritu endeble y nuevas energías para mi cuerpo, más endeble aún.

La soledad tiene mucho de consoladora para los males del alma y los achaques del cuerpo.

Vencido en el último combate, hui, más que avergonzado, dolorido y sin fuerzas, á ocultar en la sierra los restos sangrientos de mi derrota.

Aires de pura libertad; amplios celajes de melancólicas lejanías; el perfume del tomillo, la luz franca y abierta de los campos, seguramente infundirían en mi alma saludable paz y gratísimas consolaciones.

Quería huir de todo lo que significara progreso, vejetar simplemente en aquel grandioso sanatorio, construido por la madre naturaleza para los heridos en el combate diario de la vida.

Tuve la fortuna de conseguir mi propósito.

Mis relaciones con los hombres y con las mujeres no pasó á más de un cortés saludo ó de tal ó cual pregunta sin importancia.

En el corazón de la sierra de Córdoba no abundan ni los eruditos ni los soñadores de oficio; así, pues, ni nadie podía enseñarme cosa alguna, ni mucho menos consolarme de mis espiritualidades un tanto románticas.

Tuve una tarde no sé si la suerte ó la desgracia de toparme con un sujeto, cuyo aspecto y trazas despertaron en mí vivísima curiosidad.

A poco que hubimos hablado, noté que aquel hombre, ó era un sabio de esos que miran frente á frente á la inmortalidad, ó era un loco de remate, reducido á la soledad en castigo á su majadería.

Como digo, declaro que aquel encuentro fué para mí una verdadera sorpresa.

Hablamos mucho y de muchas cosas, hasta que yo terminé por contarle mis ansias amorosas.

Mirome el hombre fijamente, y después de soltar la carcajada, me dijo:

—¿Una mujer que le ha sido á usted infiel? ¡Bah! Usted se tiene la culpa.

Si usted hubiera hecho lo que yo, seguramente sería á estas horas tan feliz como yo lo soy.

Yo tengo una mujer—continuó el extraño sujeto,—que ni me ha faltado ni me faltará jamás. Una mujer de ojos azules, llenos de luz; una mujer siempre virgen y siempre dócil ¡siempre virgen y siempre dócil!! enténelo usted bien; mujer que domino á mi antojo, y que me responde aun cuando esté en el último confin del mundo.

Cuando el hombre terminó de hablar, adquirí el convencimiento de que era un loco incurable.

—Se convencerá usted inmediatamente si me hace usted el honor de acompañarme á casa. Es aquí... muy cerca... á la vuelta de aquella cañada.

Instintivamente seguí á aquel loco ó sabio, ó lo que fuera, el cual, muy entusiasmado por encontrar en aquellas sierras alma viviente que procuráramos entenderlo, continuó, sin darse punto de reposo, hablando de esta manera:

—Pues, sí, señor. Yo, aun cuando soy andaluz puro y neto, he pasado toda mi juventud en Alemania.

El estudio de la química, y especialmente el estudio de la electricidad, han sido la pasión de toda mi vida, pudiéndole asegurar que en Europa, poquitos ¡muy poquitos! me echarán la pata.

En Alemania conocí á una mujer, la hija de mi profesor, una virgen de ojos azules y luminosos, y mi alma y mis sentidos todos fueron desde entonces esclavos de tan peregrina belleza.

—¿Se casó usted con ella?—le dije.

—¡Ah! nó, amigo mío, nó; aquella mujer murió, ignorando la pasión que había despertado dentro de mi alma.

—Amores nuevos quizá...

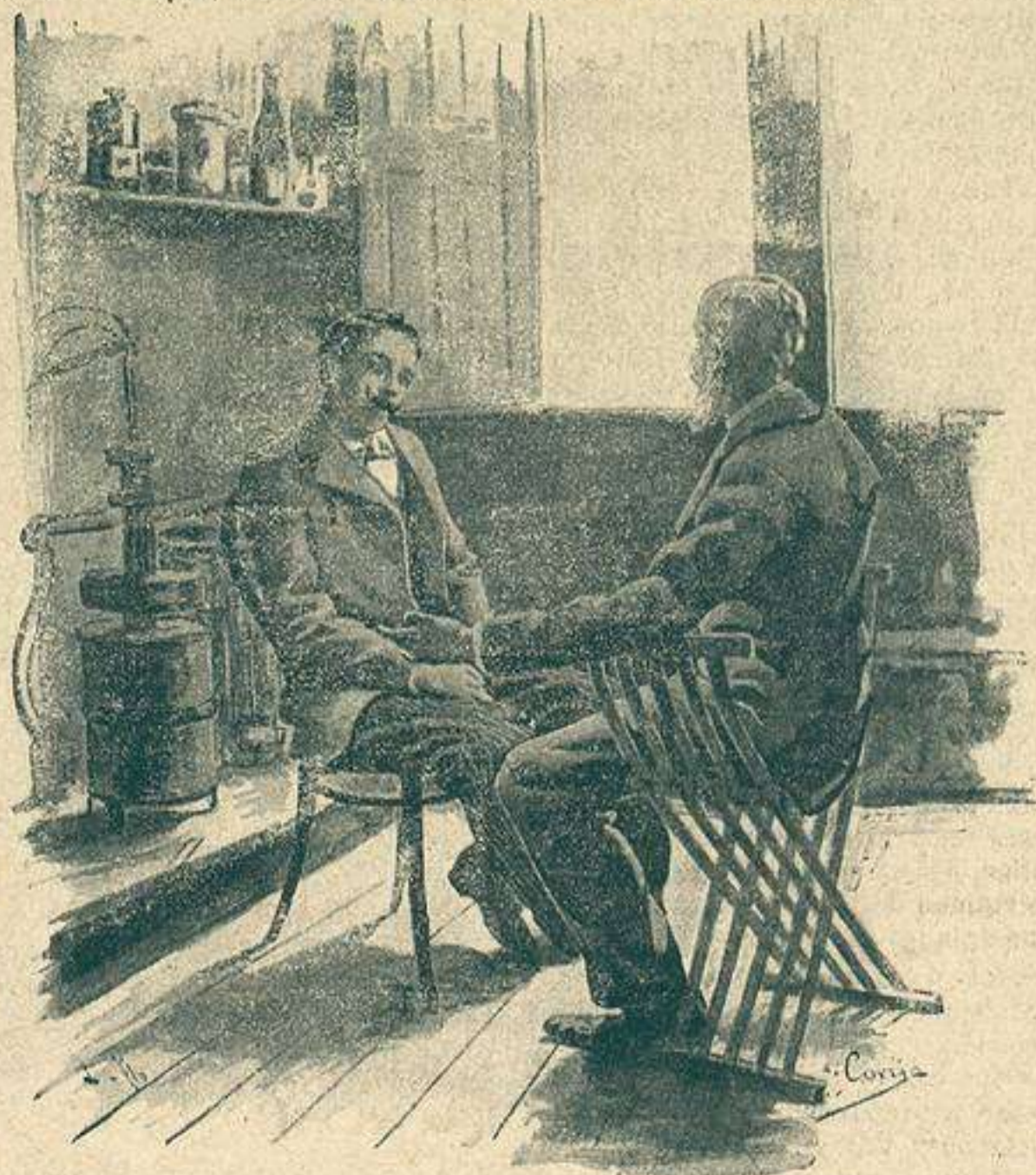
—Calma, calma—me dijo;—ya hemos llegado y tendré el gusto de presentar á usted á mi esposa.

Entramos, y el sabio me condujo á su gabinete de estudio. Admiré, sin entenderlos por supuesto, una infinidad de aparatos, pilas, conductores, aisladores y no sé cuantas cosas más, que el sabio manejaba con matemática precisión.

Lo que no ví fué mujer en parte alguna, por lo cual me apresuré á decirle al sujeto:

—Si su señora de usted siente cortedad, ó si mi visita es inoportuna...

—¡Cá, hombre, cá! Ahora mismo la va usted á ver.



Mire usted, desde que murió la hija de mi profesor, forjé el propósito de no amar á ninguna otra mujer.

La electricidad es el alma de las cosas; quema en el calor, arde en la luz, es movimiento continuo; ¡es vida eterna!

Me consagré á dar vida á la hija de mi profesor, y hoy obedezco á mi mandato y es esclava de mis amorosos afanes.

Más veloz aun que mis propios deseos, acude solicita cuando la requiero; ¡no falta, no puede faltar jamás!

Siento las vibraciones de su cuerpo de virgen, electrizando el cerebro y la médula, y cuando quiero, dos chispas de luz azul, ¡de aquel azul divino de sus ojos! me miran en las tinieblas, asegurándome un amor que durará todo lo que dure la creación.

Vivo feliz, amigo mío, completamente feliz... ¡con mi virgen eléctrica!

Estuve por reirme de aquel sabio poeta, pero contemplando su felicidad, sentí envidia y respeto.

Me despedí y marché más triste aun que todos los días.

Bienaventurados los sabios y los poetas, que tienen todavía consolaciones y esperanzas, y desgraciado del que como yo no encuentra en las mujeres mas allá de los goces del amor, nada más que un esqueleto coronado de flores.

MANUEL PASO

LA GLORIA

SONETO

¿Qué es la Gloria? La Gloria es en lo humano lo más hermoso, espléndido y sublime; no hay grandeza mayor que el mundo estime, ni hay en él galardón más soberano.

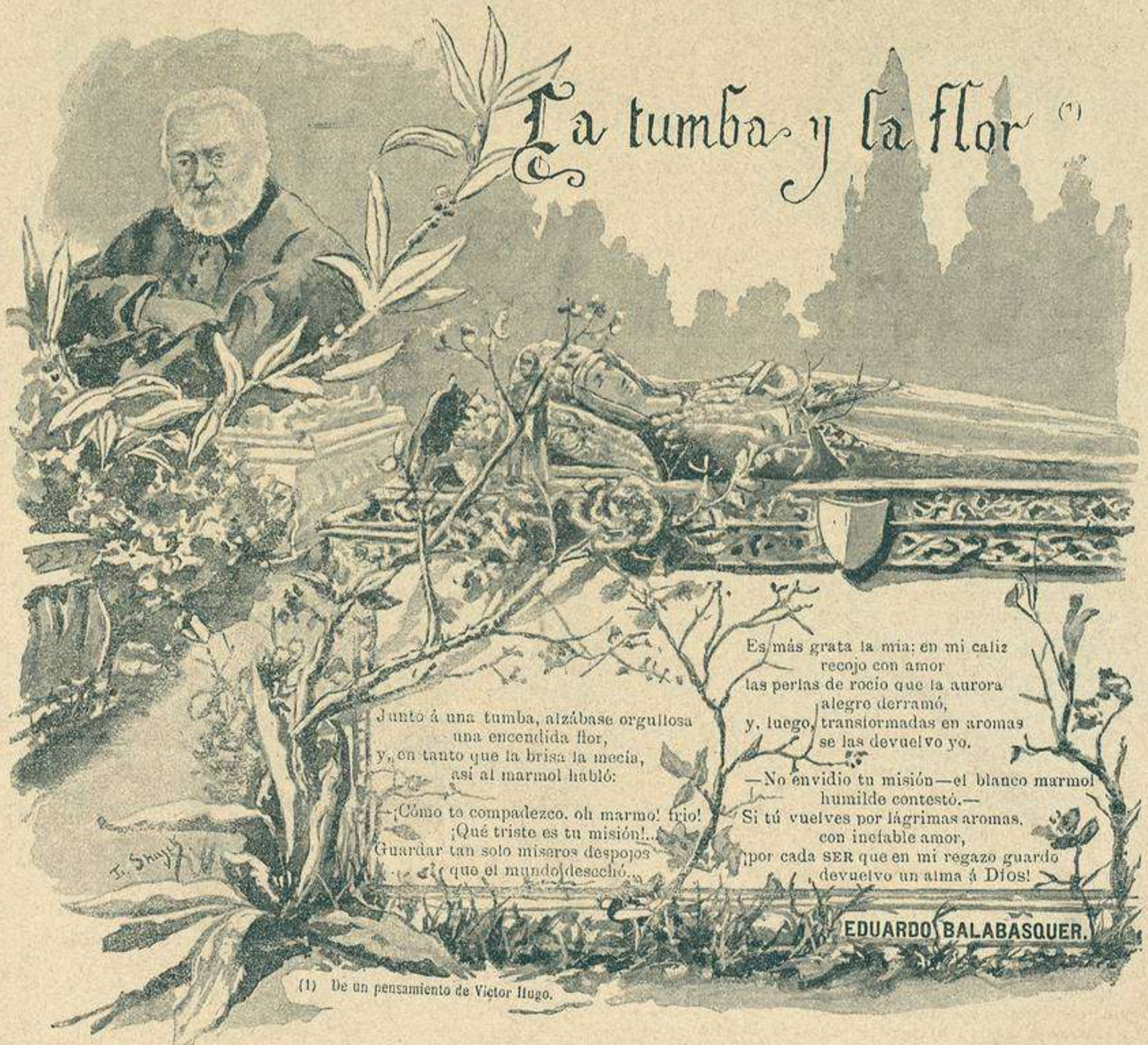
No es el camino de su templo llano, ni en él sus huellas el mortal imprime,

sin que un noble propósito le anime, al ver su aliento lo difícil llano.

Siempre inefable á la virtud vá unida, del sabio á los fulgores de su mente y del héroe á la hazaña conssguida.

Su luz ciega á la envidia maldiciente, y pereciendo todo en nuestra vida, en ella es lo que dura eternamente.

ANGEL LASSO DE LA VEGA.



La tumba y la flor ⁽¹⁾

Junto á una tumba, alzabase orgullosa una encendida flor, y, en tanto que la brisa la mecía, así al marmol habló:

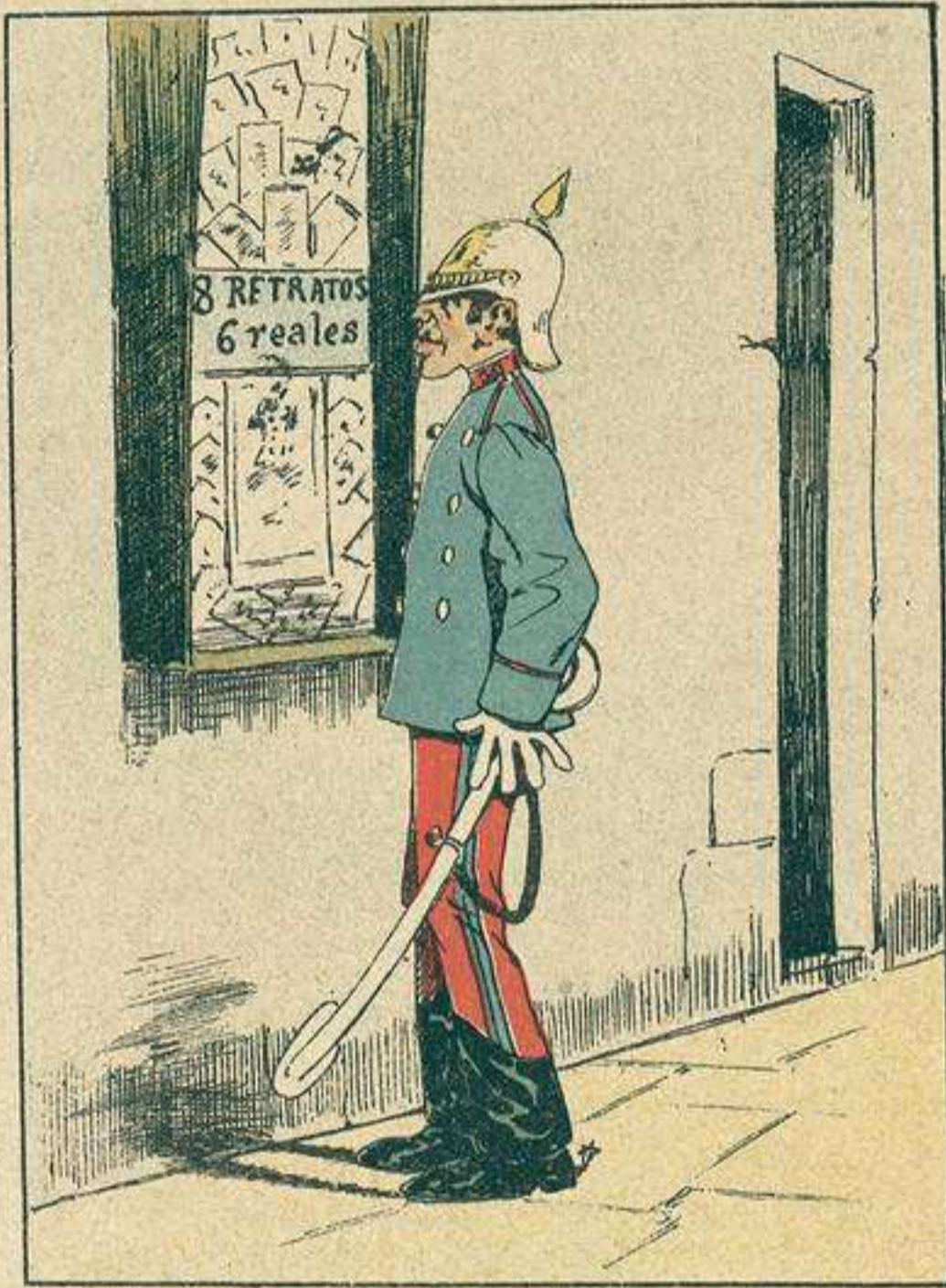
— ¡Cómo te compadezco. oh marmo! frío!
¡Qué triste es tu misión!
Guardar tan solo miseros despojos
que el mundo desechó.

Es más grata la mía: en mi caliz recojo con amor las perlas de rocío que la aurora alegre derramó, y, luego, transformadas en aromas se las devuelvo yo.

— No envidio tu misión — el blanco marmol humilde contestó. —
Si tú vuelves por lágrimas aromas, con inefable amor, ¡por cada SER que en mi regazo guardo devuelvo un alma á Dios!

EDUARDO BALABASQUER.

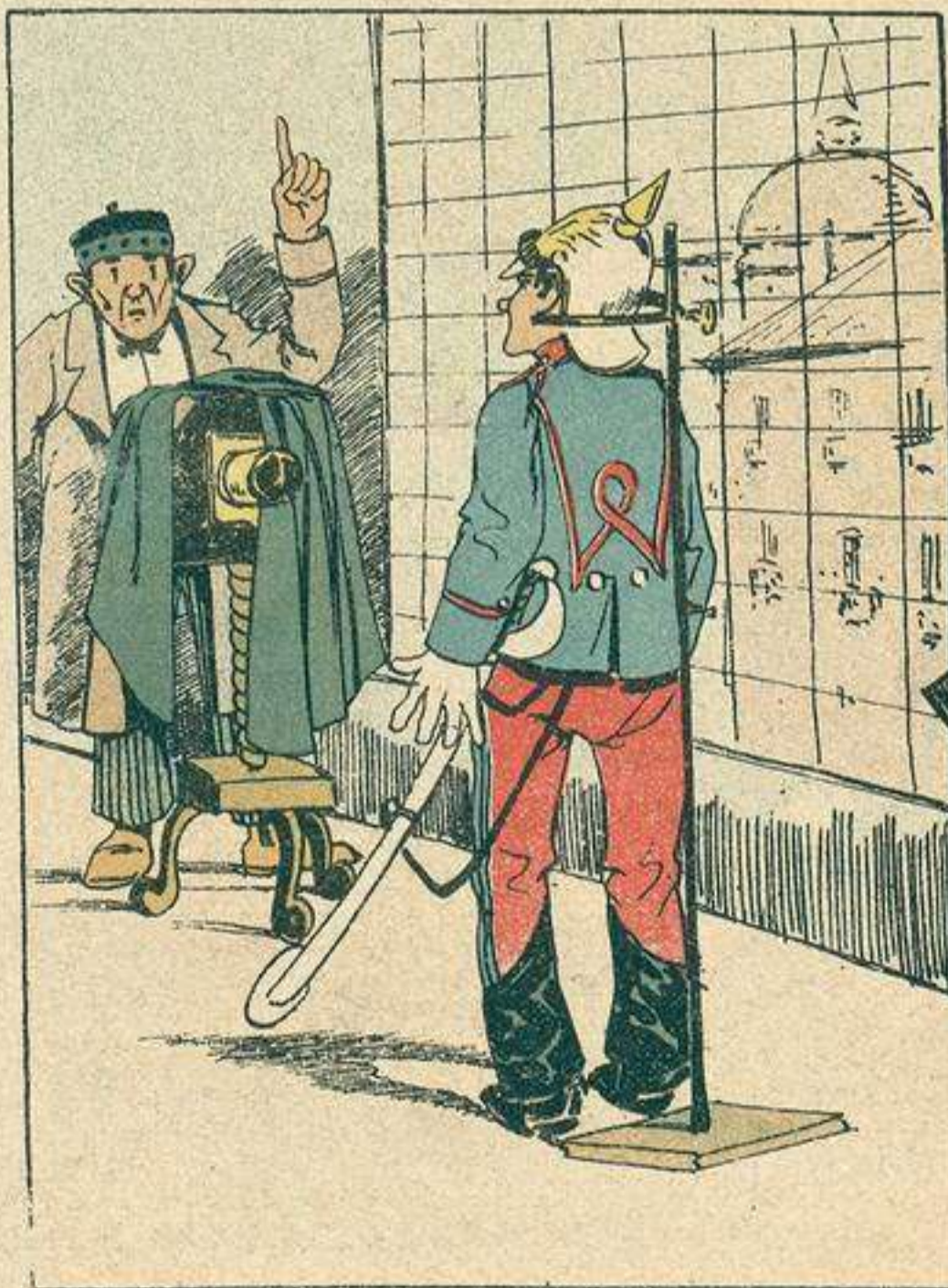
(1) De un pensamiento de Victor Hugo.



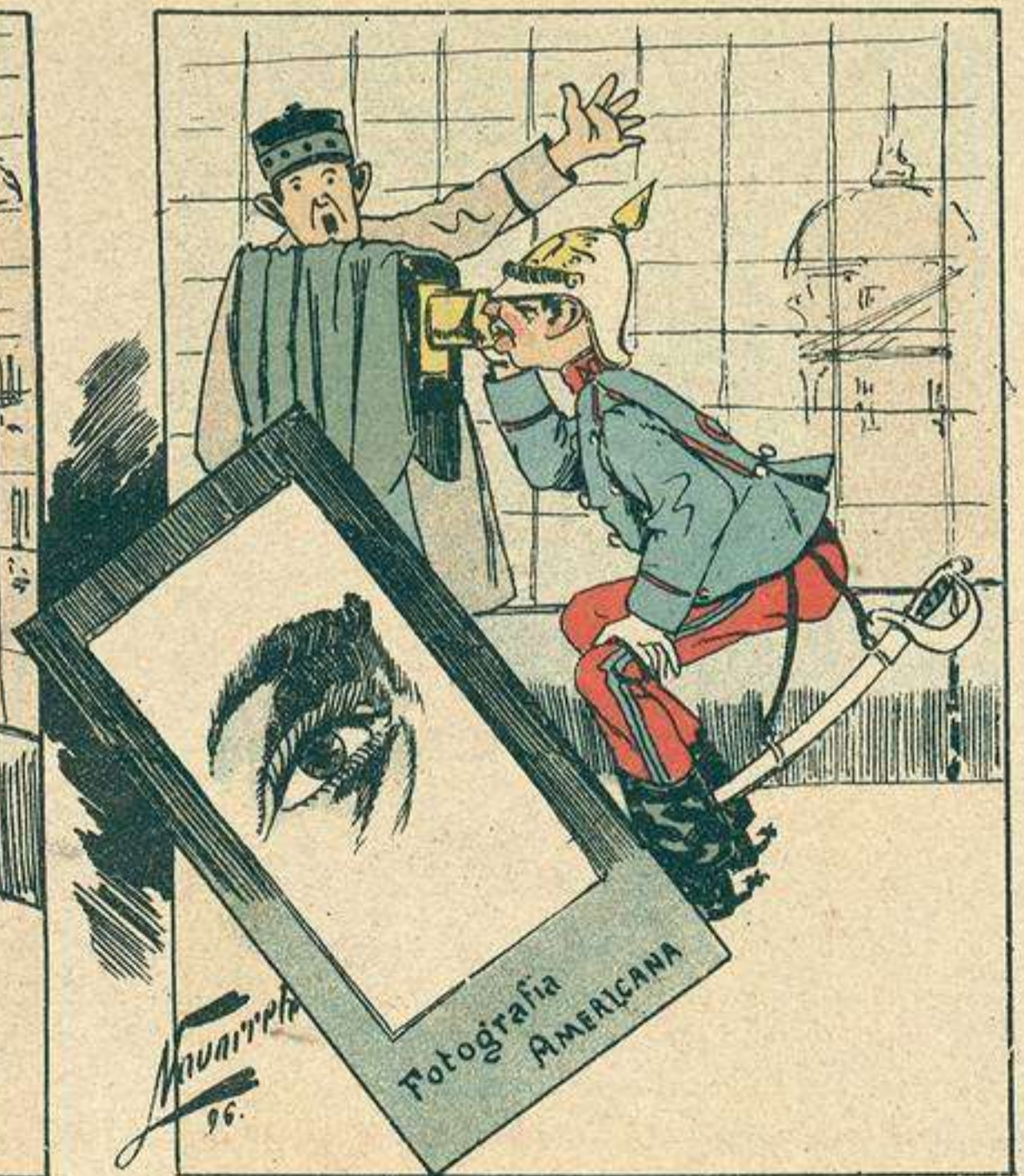
Ná; un dia es un dia y asi tendré pa darle á la novia.



Ajája perfectamente; ponga V. una cara agradable..... así.....



¡Y que no deje de mirar al canuto!



¡.....!